
RELIGIÓN, PATRIA, EXILIO
JOAQUÍN LORENZO
VILLANUEVA

Y EL PRIMER
LIBERALISMO
ESPAÑOL (1757-1837)

GERMÁN RAMÍREZ ALEDÓN

RELIGIÓN, PATRIA, EXILIO

**JOAQUÍN LORENZO
VILLANUEVA**

Y EL PRIMER LIBERALISMO ESPAÑOL
(1757-1837)



Joaquín Lorenzo Villanueva

GERMÁN RAMÍREZ ALEDÓN

RELIGIÓN, PATRIA, EXILIO
**JOAQUÍN LORENZO
VILLANUEVA**
Y EL PRIMER LIBERALISMO ESPAÑOL
(1757-1837)

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Germán Ramírez Aledón
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza
(Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2022

Colección Vidas, n.º 19

Director de la colección: Ignacio Peiró Martín

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas
c/ Pedro Cerbuna, 12. 50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

 Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.

ISBN 978-84-1340-502-5

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

Depósito Legal: Z 1783-2022

PRÓLOGO

Así como la literatura tiene sus «grandes poetas menores», la historia tiene importantes personajes secundarios que, sin jamás haber llevado algún protagonismo en la vida pública, por sus compromisos y el sesgo que tomó su trayectoria vital, resultan de los más significativos a la hora de analizar el período y la sociedad (o parte de ella) en los cuales les tocó vivir.

Aunque, como subraya Germán Ramírez Aledón, no es de los más recordados, Joaquín Lorenzo Villanueva es uno de ellos y un hombre clave para entender el paso de España del Antiguo Régimen a la época contemporánea. Por ello es una gran satisfacción ver que, como no cesamos de reclamarlo durante decenios, haya hallado por fin el riguroso biógrafo que se merecía.

La tarea era ardua por tres motivos esenciales: primero la abundancia y la dispersión de la documentación (tanto de los escritos, publicados o inéditos del propio Villanueva, como de los testimonios sobre su persona y pensamiento) y basta con echar una mirada sobre las fuentes utilizadas para convencerse de ello. Luego, porque se trata de un personaje atípico, complejo y no exento de aparentes contradiccio-

nes. Atípico, porque, aunque no fue el único, el canónigo de Cuenca que era se desolidarizó de su clase social (un concepto que aparece en la época) al conformar sus votos por lo que se refirió a la reforma del clero en España con los de los liberales en las Cortes tanto de 1810 como de 1820. Complejo, porque al mismo tiempo que reclamaba la independencia de la Iglesia española respecto a Roma y denunciaba el papel nocivo de la curia, no cuestionó el papel del Santo Padre, como hizo su amigo Juan Antonio Llorente quien, más radical que él, quería reducir su papel al de mero obispo de Roma, *primus inter pares*, pero sobre todo *par inter pares* entre los sucesores de los apóstoles. Y no exento de contradicciones porque, por ejemplo, fue, como lo calificó Le Brun, un «principista» (o sea, hombre de principios) que después de abogar a favor de la Inquisición intentando refutar en 1798 al obispo constitucional de Blois, Mgr. Grégoire que había mandado al inquisidor general Ramón de Arce una carta abierta para exhortarle a suprimir, en nombre del Evangelio, el Santo Oficio, y luego, como diputado a Cortes tomó rotundamente partido a favor de la abolición de este tribunal eclesiástico.

Estas posturas antagónicas ante el Santo Oficio de la Inquisición le merecieron el calificativo de *Janus bifrons*, cuando no de *cambiacolores*, especialmente en la prensa *ultra* francesa, cuando en 1822 su nombramiento como embajador de España ante la Santa Sede fue rechazado por Pío VII y le dio una fama sino internacional, al menos en toda Europa y América. Su camino de Damasco fue cuando en 1810 su elección como diputado por Valencia le llevó a integrarse en las Cortes. Cuando su condición de «clérigo de lujo, sumergido en la ociosidad y el regalo» (como *El Liberto* calificó a todos los canónigos) bien introducido en la corte gracias a sus trabajos eruditos le permitía soñar con algún obispado, y al menos estaba seguro de gozar de la posición más que acomodada de prebendado de una iglesia

catedral, lo que le esperaba en 1815 fue el destierro, la pérdida de bienes y cargos y el enclaustramiento en el convento de La Salceda (la Alcarria), donde permaneció hasta que Fernando VII jurara en 1820 la Constitución de Cádiz que había derogado en 1814, y luego, cuando el monarca fue repuesto como soberano absoluto por las tropas del duque de Angulema al final de 1823, el exilio en el que murió en la pobreza en la lejana Dublín catorce años después.

Pero la conversión de Joaquín Lorenzo Villanueva al liberalismo no fue como la del Apóstol al cristianismo el efecto de un relámpago sino la aplicación a las nuevas circunstancias políticas de sus ideas en materia de disciplina eclesiástica. Como lo calificó machaconamente Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*, era un «jansenista», como sus adversarios tildaban a los regalistas y episcopalistas cuando ellos se calificaban de «despreocupados» (o sea, sin prejuicios). Así que no adoptó las medidas de reforma eclesiástica adoptadas por las Cortes por liberal, sino que se hizo liberal porque el liberalismo contemplaba la reforma eclesiástica. En materia de política religiosa, no había diferencia entre él y Juan Antonio Llorente, consejero áulico de José I por lo que se refiere a las cuestiones religiosas y máximo propagandista de su política religiosa. Por ello, aunque adversarios durante la guerra de la Independencia, los dos quedaron amigos más allá del conflicto.

Contrariamente a lo que enseñaba la historiografía marxista imperante de mi juventud, la biografía es una forma muy acertada de estudiar, a través de un individuo determinado, el grupo social al que perteneció. Esta aseveración se verifica ampliamente con la actitud de Villanueva durante el Trienio constitucional en el cual su identificación con el clero liberal le mereció su tan polémico nombramiento como embajador ante la Santa Sede que, según el periódico francés significativamente llamado *L'Ami de la Religion et du Roi*, supuso una provocación por parte del Gobierno

español similar a la que hubiera provocado la designación por Luis XVIII del regicida Grégoire para desempeñar semejante papel por parte de Francia.

Queda por cuantificar la parte del clero que se adhirió al sistema constitucional entre 1820 y 1823, lo que no podrá hacerse mientras no se hayan explorado sistemáticamente los archivos diocesanos y sus procesos «criminales» que, a partir de 1824, llovieron sobre los eclesiásticos que habían tenido la osadía de denunciar al absolutismo desde el púlpito, así como la prensa liberal que no perdió la más mínima oportunidad de señalar a los «buenos» y «dignos sacerdotes», oponiéndolos a los «renegados» (un término sistemáticamente empleado, por ejemplo, por *El Liberal Guipuzcoano* a los curas que como Zabala y Gorostidi levantaron partidas realistas en Navarra). Esta investigación podría llevarnos a sorpresas mayores y no nos olvidemos de que uno de los indicios que tenemos al respecto, el del informe realizado el 19 de noviembre de 1823 por un tal Fernando López y Villa sobre la actitud del clero en Lucena durante el período constitucional revela una relación de fuerzas entre los que manifestaron una firme adhesión a la persona de Fernando VII y los «partidarios de las funestas instituciones destructoras del altar y del trono» nada favorables a los serviles, puesto que fueron treinta y uno los últimos y tan solo quince los primeros.

Pero, una vez realizada esta encuesta cuantitativa (si es que alguna vez se realiza), quedará por hacer lo más difícil: calificarlos ideológicamente. En efecto, los estudios de los que disponemos sobre esta parte del clero adicta al régimen constitucional, desde los más antiguos como la edición de las *Memorias del cura liberal Posse* por Richard Herr hasta los trabajos recientes de Rocca sobre Cataluña y el papel de Guillén de Monzón, principal redactor del *Diario Constitucional de Barcelona*, o el que lleva actualmente Díez Morras sobre el cura de Navarrete, Mendizábal, sobrino del ilustre

Juan Antonio Llorente y también exjosefino, nos revelan que los sacerdotes liberales no constituyeron ningún grupo orgánico, ni siquiera en las Cortes. Así, aunque ambos se beneficiaron de la gratitud del Gobierno con sus sendos nombramientos de embajador de España ante la Santa Sede y de obispo de Coria (ambos cargos denegados por Roma), poco o nada tienen en común en lo político el moderado Villanueva y el exaltado Sedeño.

Este aspecto de *cajón de sastre* propio del clero constitucional del Trienio Liberal se refleja en la dificultad de los historiadores para denominar este movimiento político-religioso. Hace años, en 1985, en el prefacio a *El primer liberalismo y la Iglesia* de Emilio La Parra López, el profesor Antonio Mestre propuso la denominación de *liberalismo católico español* preferentemente a la de *catolicismo liberal español*, lo cual tiene la desventaja de limitar geográficamente este componente del liberalismo cuando se extendió por toda Europa y la América independizada. Unos pocos años antes, en 1982, habíamos utilizado el concepto de *liberalismo cristiano*, pero quizás hubiera sido más apropiado, a partir de los adjetivos utilizados por Juan Antonio Llorente en su último testamento de 1822 para calificarse a sí mismo, hablar de *cristianismo católico liberal*. Por su parte, en esta obra, Germán Ramírez Aledón se ciñe a la expresión de *regalismo constitucional*. Y tiene toda la razón. Al menos por lo que se refiere a las dos figuras señeras del clero liberal que fueron Joaquín Lorenzo Villanueva y Juan Antonio Llorente para quienes la revolución consistió en descubrir, el primero en el Cádiz de la guerra de la Independencia, el segundo, en el París de 1820, que el regalismo al que estaban tan aferrados era perfectamente compatible con una limitación de los poderes del soberano, e incluso, podía existir sin rey, como dejó manifiesto Llorente publicando su *Proyecto de Constitución civil del clero como parte de la nacional* destinado a los americanos ciudadanos de una nación libre

independiente. Ahora, esta concepción de una Iglesia al servicio de la nación, fuera cual fuese su sistema político, ¿fue mayoritaria entre los eclesiásticos «constitucionalizados» (como deseaba el *Diario Constitucional de Barcelona* que lo fuera todo el clero)? Solo Dios sondea los riñones y corazones, dijo el Eclesiastés, y nos tememos que sea imposible contestar a esta pregunta.

Especial atención merece también el encuentro que tuvo Joaquín Lorenzo Villanueva con el abate Grégoire en París, en 1822, veinticuatro años después de intentar refutar los argumentos esgrimidos en contra del Santo Oficio por el entonces obispo de Blois en su famosa carta al inquisidor general Ramón de Arce. No solo, como ya señalamos, por su alto valor simbólico respecto de la trayectoria intelectual del canónigo de Cuenca, sino también por lo que nos revela de la influencia del sacerdote francés y de su magisterio en el clero español constitucional. Dada la larguísima, minuciosísima y exhaustiva investigación llevada por Germán Ramírez, no podemos esperar tener más datos sobre el viaje a París y entrevista de Villanueva con Grégoire en 1822 que los que hallamos en esta obra que tenemos el honor de prologar. Pero resulta como mínimo más que extraño que un embajador de España decida (con evidente aprobación de su Gobierno) pasar por París para trasladarse a Roma, a tomar posesión de su cargo. A lo largo de toda la Restauración borbónica, Grégoire fue en Francia más que odiado, execrado por los *ultras* (el equivalente de los «serviles» más allá de los montes) por haber votado la muerte de Luis XVI en 1793. Pero en el extranjero, y especialmente en América, se le consideró como todo un santo, modelo de lo que había de ser un sacerdote católico, como afirmó *Le Télégraphe*, gaceta oficial de la República de Haití. En España, sin llegar a tanto, fue con Benjamín Constant, una de las figuras francesas más alabadas por la prensa liberal del Trienio, como *El Constitucional* que llegó incluso a publicar algún

texto suyo prohibido por la censura establecida con anuencia de Luis XVIII después del asesinato del duque de Berry, en febrero de 1820. Con motivo del bicentenario de la Revolución francesa, en 1989, la República francesa entonces presidida por François Mitterrand, le rindió un merecidísimo homenaje por su obra a favor de la emancipación de los judíos y su lucha contra el esclavismo, trasladando sus cenizas al panteón nacional. Pero los historiadores galos (poco dados a mirar más allá de las fronteras de su país) no se fijaron en la dimensión internacional del personaje, dimensión que salta a la vista en sus relaciones con España: las que tuvo con el grupo tildado de jansenista encabezado por la condesa de Montijo a finales del siglo XVIII (y brillantemente estudiado por Paula de Demerson en su obra epónima publicada en 1976) y las que estableció con los «regalistas constitucionales» del Trienio Liberal (tan magistralmente expuestas ahora por Germán Ramírez Aledón). ¡Ojalá presten a las relaciones entre Villanueva y Grégoire la atención que se merecen! Pero, francamente, tengo mis dudas.

Ahora bien, el clero liberal no es el único grupo para el cual resulta ya imprescindible la biografía del que fue canónigo de Cuenca y diputado a Cortes por Valencia. Las páginas consagradas a su exilio después de 1823 son también trascendentales a la mayoría de sus compañeros de infortunio que tuvieron que tomar las de Villadiego para evitar lo peor después de que restituyeron a Fernando VII como «rey neto» las bayonetas de los llamados Cien Mil Hijos de San Luis (como si, según dijo la *Gaceta de Colombia*, «fuera la deidad un patrimonio de la familia de los Borbones, Dios fuese propiedad privada de los Borbones»). Las violentas polémicas que mantuvo Villanueva con el autor de *La Inquisición sin máscara*, Antonio Puigblanch, sorprenden en hombres a los que hubiera debido reunir la adversidad y que compartían las mismas opiniones en lo político-religioso. Pero las discordias entre refugiados no tienen nada de excepcional y, en 1815,

Llorente ya había mantenido en París exactamente el mismo tipo de disputa con otro afrancesado: Sixto García.

Como toda biografía de calidad, el trabajo que nos ofrece Germán Ramírez Aledón no solo nos permite seguir la trayectoria vital e intelectual de un hombre que marcó su tiempo: nos proporciona una multitud de informaciones sobre su entorno, abriendo pistas a la reflexión y a nuevas investigaciones. Con toda evidencia, será un libro de referencia, no solo sobre Joaquín Lorenzo Villanueva, sino para el tan complicado (y apasionante) tránsito del Antiguo Régimen a la época contemporánea en España, así como parte de Europa y la América independizada de la metrópoli. Escarmetado en cabeza propia, no hablaremos de libro definitivo, aunque tal nos parezca. Pero sí de una obra maestra difícilísimamente superable. Muchas veces se puede notar alguna similitud intelectual o psicológica entre un personaje y su biógrafo. Es el caso de Germán Ramírez Aledón que, como investigador, muestra las mismas cualidades que Joaquín Lorenzo Villanueva: una honradez total, una paciencia extraordinaria, la disponibilidad a ir a buscar los documentos se hallen donde se hallen, sin amedrentarse ante las distancias. Consagró a la recolección de los documentos que le permitieron escribir este libro más de treinta años, recorriendo los archivos de toda España, del Vaticano, Dublín, Londres, Oxford, Liverpool y Southampton, lejos de la premura con la que, hoy, algunos despachan la tesis con la esperanza de obtener algún puesto en la Universidad y olvidarse del camino de las bibliotecas y de los archivos en cuanto consigan el puesto soñado de profesor titular. Germán Ramírez Aledón es de los que, como otro valenciano, Vicente León Navarro, supieron compaginar, por mero amor a la Historia, las duras exigencias de la docencia en un instituto con una intensa y fructífera labor de investigación. Por ello, merecen toda nuestra admiración y respeto.

Gérard DUFOUR

INTRODUCCIÓN

UNA NOTA PREVIA SOBRE LA BIOGRAFÍA HISTÓRICA, LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL PERSONAJE Y LA FORMA DE ABORDARLO

SEÑOR VILLANUEVA.— Para hablar de este señor diputado debió tener presente nuestro delicado y escrupuloso autor, que no todos son lo que parecen y muchos no parecen lo que son; el mérito de este singular eclesiástico es público en toda Europa, lo que ha padecido no tiene guarismo, su erudición en materia de historia, no solo eclesiástica, sino también profana, es vastísima, su conducta irrepreensible, sus ideas justas y benéficas; es todo para todos y por más que se quiera zaherir hasta el habla, las miradas y el modo de andar, a nadie le ha ocurrido jamás lo que al folletista: ¿cuándo hallaremos cosa que le agrade? Muy rara será, y más difícil en materia eclesiástica.

Verdaderas y genuinas semblanzas de los Padres de la Patria para la legislatura de 1820 y 1821, por D. A. F. G. cura propio del arzobispado de Toledo, Madrid, Imprenta de Espinosa, 1821, p. 43

Perdí la primavera de mi edad en pesquisas inútiles; aun ahora que peino canas, me meto en todos los cotarros, soy perrillo de todas bodas, apenas hay chico ni grande que no me conozca por mi nombre y apellido; mas en preguntándole a alguien por mi genealogía, Dios guarde a usted

muchos años; uno amusga, otro se fisga, otro se encoge de hombros, todos, en fin, dan una media vuelta, y me dejan con un palmo de narices.

Don Termópilo o defensa del prospecto del Dr. Puigblanch, por Perico de los Palotes, Londres, Imprenta de Carlos Wood e hijo, 1829, p. 1

Con estas palabras se autorretrataba *Perico de los Palotes*, uno de los muchos sobrenombres con los que Joaquín Lorenzo Villanueva firmó sus obras polémicas. Superados los setenta años parecía ver desde la atalaya de la vejez y del exilio la escasa renta obtenida a tantos desvelos, lecturas y escritos, huidas y estancias en lugares no buscados, peleas con palabras, pluma y papel; y el alto precio pagado por haberse metido «en todos los cotarros», o ser «perrillo de todas bodas», polemizar sin descanso ni pausa, salir chamuscado de tantas aventuras convertidas en desventuras. Solo el anónimo autor de las *Verdaderas y genuinas semblanzas* parecía reconocérselo aun antes del exilio. Y un final sin gloria o solemnidad, aunque el pueblo de Dublín supiera homenajear su figura en la ceremonia de su inhumación.

La vida de Joaquín Lorenzo fue motivo de atención temprana en mis tareas investigadoras. Hace ya treinta años comencé mis primeras lecturas sobre su vida y su obra. La razón de ese interés radicaba en residir por aquellos años —finales de los ochenta del pasado siglo— en la ciudad de Xàtiva, pues ocupaba la cátedra de Geografía e Historia del Instituto José de Ribera, ciudad natal de los hermanos Villanueva Astengo. Ya he hablado de este «encuentro» en diversos textos y conferencias que sobre el personaje y su época he ido publicando o impartiendo en diversos lugares. El más detallado sea tal vez el que precede al conjunto de estudios sobre el que fuera diputado en las Cortes de Cádiz, publicado en 2008 por el Ayuntamiento de esta ciudad y bajo mi coordinación, como un encargo del profesor Fernando Durán López, catedrático hoy de la Universidad de

Cádiz. Algunas de las referencias allí recogidas serán aquí reproducidas con aire nuevo y notas complementarias. Ello ayudará a comprender el sentido de mi investigación que se plasma en la biografía que sigue a esta Introducción. Pero, sobre todo, justifica la necesidad académica y moral de recuperar, del relativo olvido, esta figura del tránsito de la Ilustración católica al catolicismo liberal. Del liberalismo español transido de religiosidad.

★ ★ ★

Del personaje y de la persona ya se habían ocupado algunos autores desde el momento posterior a su fallecimiento en Dublín, el 26 de marzo de 1837. Hagamos un breve repaso de lo que de él se dijo y se ha dicho hasta hoy, lo que nos sirve de cordón umbilical donde situar nuestro trabajo.¹ Tanto en la prensa de Dublín o de Londres como en las instituciones académicas a las que perteneció hubo un sentido recuerdo al conocer su óbito. En la sesión del 21 de abril de aquel año la Academia de la Historia le recordó con tono solemne y «la Academia no pudo menos de saber con el más profundo pesar la pérdida de un individuo suyo, tan sabio y benemérito». Con palabras semejantes y una extensa necrológica la recordó la *Gaceta de Madrid* del 16 de mayo. A pesar de estas menciones, su figura había caído en el olvido tras más de una década de exilio y la imposibilidad del regreso por razones diversas, entre las que las económicas no

1 Este sucinto repaso a los estudios sobre Joaquín Lorenzo Villanueva es una síntesis de una parte del capítulo I de mi tesis, *Joaquín Lorenzo Villanueva (1757-1837): un paradigma del tránsito de la Ilustración al liberalismo*, Universitat de València, 2020, 1050 pp. (para este aspecto, pp. 15-23), dirigida por el Dr. Pedro Ruiz Torres y defendida el 5 de febrero de 2021 en dicha Universidad ante el tribunal formado por los Dres. Emilio La Parra (Universidad de Alicante), Gérard Dufour (Université d'Aix-Marseille) y M.^a Cruz Romeo (Universitat de València). Disponible en línea en el repositorio Roderic: <<https://roderic.uv.es/handle/10550/77724>>. En posteriores citas nos referiremos a ella así: *Joaquín Lorenzo Villanueva* (tesis), pp. xx.

fueron menores. El exilio fue una constante histórica que marca el desgarramiento en la partida y la confusión en el regreso de tantos exiliados, aspectos que tantos estudiosos han tratado (Abellán, 2001; Loyola y Flores, 2018).²

La producción bibliográfica sobre Joaquín Lorenzo Villanueva es temprana, sobre todo en notas biográficas más o menos amplias y en ediciones de sus obras, algunas de las cuales —como el *Oficio de Semana Santa* o el *Año Cristiano de España*— alcanzaron notable renombre hasta fines del XIX. A ese período de interés por su obra siguió un espeso silencio que se prolongó hasta bien entrado el siglo XX. La «lectura» contemporánea de su obra y, sobre todo, de su pensamiento, no comenzó hasta mediados de ese siglo. Las biografías publicadas en el siglo XIX, independientemente de su extensión, son meros apuntes biográficos sin mayor profundidad, excepción hecha de la que escribieron Rafael de Medina e Isasi para el *Seminario Pintoresco Español* (1848) o Rafael María Baralt y Nemesio Fernández Cuesta para la segunda edición de *Las Angélicas Fuentes* (1849). Pero hubo otras anteriores y posteriores a lo largo de ese siglo, como las de Carlos Le Brun [Félix Mejía] (1826), *Galerie Espagnole* (1823), Pastor Fuster (1830), Rico y Amat (1862), *Biografía Eclesiástica Completa* (1868, XXX: 288-289), Menéndez Pelayo (1882, III), Serrano y Sanz (1905). La secuencia se prolongó en el siglo XX: Cucarella (1916), Pascual y Beltrán (1931), Sanz de Robles (1953), Artola (1957), Ventura (1968), Aldea Vaquero (1975) y La Parra López (1991). Solo las dos últimas, que forman parte de sendos diccionarios especializados, se pueden enmarcar en el enfoque moderno de la biografía histórica, teniendo en cuenta que son meras aproximaciones elementales por tratarse de obras que

2 Las referencias bibliográficas abreviadas de esta Introducción remiten a la bibliografía del anexo final de este estudio, «Fuentes y bibliografía».

por sus características así lo exigen. Lo mismo se puede decir de la de Artola, que precede a la edición de *Mi viaje a las Cortes* dentro de la Biblioteca de Autores Españoles. Las demás son biografías fragmentarias sin aparato crítico y menos aún análisis de su pensamiento y de sus obras. La fuente de inspiración de muchas de estas notas biográficas está en la *Vida literaria*, autobiografía publicada en Londres en 1825.

El inicio de la renovación del estudio de su vida y de su pensamiento corre en paralelo a la nueva historiografía en torno a la Ilustración española, en general, y de la valenciana, en particular, de la mano sobre todo del profesor Antonio Mestre. En ese contexto deberían situarse los trabajos de Ignacio Lasa (1970, 1971, 1973) y de Juan Luis Haro (1970, 1973, 1974), pero no tuvieron continuidad. Tal vez el único libro dedicado íntegramente a la figura de Villanueva hasta la última década del siglo actual sea el de José Sebastián Laboa (1957), obra de juventud del que luego fuera nuncio de la Santa Sede en Panamá, centrada en el nombramiento del exdiputado como ministro plenipotenciario ante la Santa Sede en 1822. Se trata, sin embargo, de un estudio muy negativo del personaje. Las contribuciones de Federico Suárez son útiles, pero adolecen de una militancia muy conservadora. Algo parecido sucede con los estudios del jesuita Manuel Revuelta, José Manuel Cuenca o Fernández de la Cigoña, una corriente historiográfica menendezpelayana claramente conservadora y, con frecuencia, antiliberal.

Este camino de renovación a la hora de analizar los textos y contextos de quienes vivieron el tránsito del Antiguo Régimen a la revolución liberal inició su andadura en las décadas de los sesenta y setenta del pasado siglo. Aportaciones esenciales al conocimiento del entorno en el que se movió el joven sacerdote y luego capellán real y diputado, fueron las de los profesores Olaechea, Martínez Albiach,

Saugnieux, Appolis, Egido, Herr, Dufour, Morange, Gil Novales, etc., tan necesarios para comprender el momento histórico. En el ámbito valenciano, la ingente obra de Antonio Mestre sobre los hermanos Mayans y su relación con los ilustrados europeos y españoles de su tiempo son esenciales para comprender el ambiente que rodeó al joven Villanueva, así como los antecedentes intelectuales que explican sus actitudes personales y el contenido de sus obras escritas. Dentro de esa escuela que formó el profesor Mestre se incardinan los estudios de Vicente León, autor de numerosos trabajos sobre las influencias de los humanistas españoles de los siglos XVI y XVII en el pensamiento ilustrado español y el peso que ello tuvo en la formación intelectual de aquella generación, así como la biografía y el pensamiento del obispo e inquisidor general Felipe Bertrán, uno de los primeros protectores de Villanueva en Madrid. A ello deben sumarse los numerosos y rigurosos trabajos del profesor La Parra sobre religión y política en la etapa de las Cortes de Cádiz, las relaciones político-culturales y religiosas en los años posteriores a la Revolución francesa y los inicios de la revolución liberal en España, así como las modélicas biografías de Godoy y Fernando VII, esenciales para contextualizar al teólogo, diputado y político Villanueva en aquel escenario del primer tercio del siglo XIX. A esa estela pertenecen también los trabajos de Luis Barbastro o Vicente Conejero.

En este grupo de historiadores expertos en el período de tránsito de la Ilustración al liberalismo en España se deben citar los hispanistas franceses Gérard Dufour y Claude Morange. El primero ha realizado desde hace décadas una ingente obra de recuperación de los liberales de primera hora, especialmente de los eclesiásticos marginados y heterodoxos, así como del clero afrancesado. El inquisidor Llorente, el canónigo Sedeño o Pablo de Olavide encontraron su biógrafo en el profesor Dufour. Ya en 1989 advertía este

de la necesidad de conocer mejor la figura de Villanueva, pues no se podía limitar el liberalismo clerical durante el Trienio a grandes y excepcionales figuras como Llorente o Villanueva. Gran desafío, sin duda, planteaba al autor de esta biografía, que en aquel año comenzaba esta tarea que se ha prolongado tanto en el tiempo. Claude Morange, por su parte, conocedor de la misma etapa, biógrafo de Sebastián de Miñano, Ramón de Salas, José Manuel del Regato o Juan de Olavarría, de afrancesados, liberales y otros aspectos de la crisis del Antiguo Régimen en España, señaló en algunos de sus trabajos un juicio muy crítico con el personaje que estudiamos, a cuenta de su «conversión» de «reaccionario» a liberal. Es un asunto, sin duda, capital en la biografía de Villanueva que abordaremos en su lugar. Lo que algunos denominan *veletas*, chaqueteros o, como se le llamó en la época, «cambiacolores», ya veremos que de forma poco justa aplicado a nuestro caso. Situaremos en su justo punto los sólidos análisis de Pierre Serna o Antonio Calvo en lo que pudiera concernir al diputado y académico Villanueva. El grupo de historiadores franceses mencionado, como otros que no ha lugar a citar aquí (Aymes, Busaal, Hocquet, Larriba, Vauchelle), ha mantenido estrechos vínculos académicos con el grupo del profesor La Parra de la Universidad de Alicante, así como con los profesores Antonio Moliner, Lluís Roura o Pedro Rújula.

Las aportaciones de la historiografía más reciente, en que se abordan cuestiones o temas que afectan de manera directa o indirecta a la figura, obra y/o pensamiento de Joaquín Lorenzo Villanueva, han renovado algunos de los puntos de vista de la escuela conservadora, rechazándolos o matizando la visión condenatoria que suelen exhibir. Citaremos, en primer lugar, los numerosos estudios de José M.^a Portillo Valdés sobre la construcción del pensamiento constitucional español desde fines del siglo XVIII hasta los primeros pasos de la revolución liberal, las ideas de *nación*,

pueblo, monarquía, identidad, etc., que él ha desarrollado en las últimas décadas en su vínculo trasatlántico o americano. A esa corriente pertenecen también algunas monografías o artículos que tratan de aspectos de la biografía de Villanueva o su entorno más próximo en tiempo y espacio. Carmen García Moneris, Ivana Frasset, Peter Cook, Gregorio Alonso o Manuel Suárez Cortina han contribuido a ese conocimiento de los vínculos entre Iglesia y Estado o, para ser más precisos, entre religión y pensamiento político durante las primeras décadas del siglo XIX. El profesor Gregorio Alonso, profesor de la University of Leeds, es autor de numerosos trabajos sobre estas cuestiones y los conflictos surgidos en torno a la definición de esa «nación católica» liberal, de la que habló el profesor Portillo y otros autores que se sitúan en esta corriente de interpretación del papel de la Iglesia en la España contemporánea. Destaca especialmente su reciente ensayo *La nación en capilla. Ciudadanía católica y cuestión religiosa en España (1793-1874)*, donde estudia la construcción de la «ciudadanía católica», algo especialmente hispano y definitorio de un modelo social y político que se fue elaborando a lo largo del proceso revolucionario liberal en el seno de esa «nación católica». Peter Cook realizó su tesis sobre Villanueva y los *Ocios de Españoles Emigrados* a través de los cuales trató de conocer el liberalismo español en el exilio, la influencia de la filosofía de la Historia de Hegel y los dilemas morales derivados de emigrados católicos y sacerdotes, como los Villanueva, que convivieron entre anglicanos y otras religiones. La profesora García Moneris, con una dilatada trayectoria en el estudio del Real Patrimonio, la figura y obra de José Canga Argüelles y las teorías del antidespotismo ministerial. Las contribuciones de los profesores Escrig, García Moneris (Encarna), Ramon Solans, Iñurrítegui, Hamnett, Artola, Calvo Maturana, etc., aunque a veces referidas a nuestro biografiado, lo tratan de forma marginal en su etapa corte-

sana y de calificador del Santo Oficio. Serán citadas en su momento, ya que abordan diversos asuntos que confrontan con nuestro biografiado o lo matizan. Serán valoradas, pues, en su lugar y circunstancia.

Por último, nuestras aportaciones que suman hasta hoy más de treinta estudios entre artículos, voces para diccionarios biográficos y capítulos de libros, serán citadas cuando proceda (véase la bibliografía final). Cada uno de esos estudios ha tenido en cuenta lo que otros han dicho sobre Villanueva tal y como hemos señalado, lo que la investigación archivística nos ha ido aportando y las visiones de cada momento en su formulación. Porque cada obra, cada idea y cada texto son hijos de su tiempo. Todos ellos conforman un rosario de cuentas que han ido construyendo aspectos de la biografía de Joaquín Lorenzo Villanueva, que ahora se ordenan, sistematizan, revisan, amplían y sirven para construir un nuevo edificio, cual es la biografía que el lector tiene en sus manos.

★ ★ ★

Con estos mimbres y antecedentes, decía hace ya años que reconstruir la trayectoria investigadora para trazar la biografía de Joaquín Lorenzo Villanueva no era un ejercicio de vanidad personal, sino una crónica de cómo llegó a interesarme el personaje y su época. Y para esa reconstrucción de una vida y su contexto histórico, de su tiempo, era preciso indagar en la peripecia personal de sus coetáneos, compañeros de luchas, fatigas y honores o enemigos, contradictores y competidores en esta etapa que transita entre dos siglos. Un período histórico descuidado por la divulgación y la literatura, no tanto en el ámbito especializado y limitado, que alumbra la contemporaneidad y el modelo de Estado y sistema de libertades que han modelado el mundo actual.

Mi interés por Villanueva tiene su punto de partida en la lectura del libro de un gran profesor y compañero en tareas docentes, Manuel Ardit, *Revolución liberal y revuelta*

campesina, publicado en 1977 por Ariel y resultado de su tesis doctoral. A ello se sumó la tarea llevada a cabo en el Archivo Municipal de la ciudad de Xàtiva, donde entre masas ingentes de papeles, libros y legajos encontré y pude ver por vez primera las cartas con la firma autógrafa de Joaquín Lorenzo, especialmente las que se encontraban en el expediente de creación de la provincia de Xàtiva, en 1821-1822. Lecturas posteriores fueron completando ese interés inicial, que solo en 1990 comenzaron a concretarse al pensar en una tesis doctoral sobre la biografía del diputado y académico, a pesar de las dificultades que me aguardaban y que entonces ignoraba por la importancia del biografado, la dispersión de los fondos documentales en archivos y bibliotecas ubicados en ciudades de España (Orihuela, Salamanca, Valencia, Cádiz, Simancas, Cuenca y, sobre todo, Madrid), del Reino Unido, Irlanda e Italia. Hay que pensar que en aquellos primeros años de mi investigación no era fácil acceder a esos fondos, los repositorios digitales en Internet no existían o estaban en sus inicios y había que recurrir a la carta tradicional, las fotocopias en papel, la fotografía y las visitas personales a dichas ciudades. El anexo final de este libro titulado «Fuentes y bibliografía» da cuenta de ello: casi cuarenta archivos y bibliotecas han sido visitados en estos largos años. Tras esta larga etapa de recopilación de material documental y bibliográfico, el primer trabajo salió a la luz en 1993 y en 1994 presenté mi tesis de licenciatura como antesala de la tesis, pero esta se prolongó —tras numerosos estudios parciales publicados en diversas revistas o libros colectivos— hasta el año 2020, en que un tribunal formado por los doctores Emilio La Parra, Gérard Dufour y M.^a Cruz Romeo, acordó concederle la calificación de sobresaliente *cum laude*. La culminación de este proyecto fue estimulada desde hace muchos años por quienes formaron el citado tribunal, así como por el director de esta tesis, el profesor de la Universidad de Valencia Pedro

Ruiz Torres, y con no menor insistencia por el profesor de la misma Universidad, Antonio Mestre Sanchis. Su título —ya citado— fue *Joaquín Lorenzo Villanueva (1757-1837): un paradigma del tránsito de la Ilustración al liberalismo*.

En efecto, durante la década 1990-2000 visité varias veces buena parte de los archivos de Madrid (Histórico Nacional, del Congreso de los Diputados, de Protocolos, de la Academia de la Historia, de la Academia de la Lengua, del Palacio Real, Biblioteca Nacional), así como los de Orihuela, el Archivo Secreto Vaticano (hoy *Archivio Apostolico Vaticano*) en Roma, los de Simancas, Cuenca, Salamanca, Londres, Dublín y consultas por correspondencia en bibliotecas de Nueva York, Mánchester, New Jersey, etcétera, además de los más cercanos, como son las bibliotecas y archivos de Valencia y Xàtiva. Empresa costosa en lo económico y compleja en la masa documental acumulada, a la que se fue sumando gran cantidad de materiales en soporte digital, que hace treinta o cuarenta años eran inaccesibles. Este hecho muestra hasta qué punto el acceso a fuentes «invisibles» hasta no hace mucho está ayudando a mejorar la calidad y el enfoque de muchas investigaciones históricas. Venía ahora la tarea de poner orden en la gran cantidad de información recogida.

A ese empuje constante, con momentos de duda y pausas, se unieron admirados y admirables especialistas en el tema, además de amigos, ya citados: el profesor La Parra de la Universidad de Alicante y el de la Université d'Aix, Gérard Dufour, destacado hispanista y amigo desde la juventud, quien en el prólogo de su estudio sobre el canónigo liberal Santiago Sedeño, decía: «... no se puede limitar el liberalismo clerical durante el Trienio a grandes y excepcionales figuras como Juan Antonio Llorente o Joaquín Lorenzo Villanueva (que todavía espera el biógrafo que merece)...». No sé si estaré a la altura de este desafío, pero el ingente esfuerzo ha valido la pena. El juicio sobre

el resultado depende de otros. No puedo olvidar tampoco las palabras que el mismo profesor Dufour me dirigió cuando iba a emprender este camino, en mayo de 1990: «Villanueva es un personaje capital y me alegro de que hayas emprendido bajo la dirección de mi amigo Mestre la tesis que por derecho propio se merece este notable clérigo liberal». Añádase a ello las largas conversaciones, sugerencias y orientaciones que he mantenido a lo largo de estos años con los profesores Mestre, Ruiz, La Parra y Vicente León. Este último, desde la docencia en un instituto como quien esto suscribe, ha desarrollado una ingente obra sobre el movimiento ilustrado valenciano, donde Villanueva se inserta en sus primeras etapas vitales. Con todos ellos ha habido mestizaje de ideas y saberes, que han alimentado mis ansias de ver acabado este magno proyecto.

Aún fue más excitante o motivador para seguir con aquella tarea, en la que a veces mis fuerzas flaqueaban, la carta que recibí en marzo de 1999 desde la ciudad inglesa de Whitstable, cerca de Londres, de un tal David Villanueva en la cual me comunicaba su deseo de saber algo de sus predecesores familiares en España, gracias a que había leído un trabajo mío publicado tres años antes (el estudio preliminar a la *Vida literaria*). Era la constatación, desconocida hasta entonces por mí, de que uno de los hermanos, Lorenzo Tadeo, había dejado la semilla de una larga saga de Villanuevas en el Reino Unido. En efecto, Fernando Pedro, uno de sus hijos, también marchó al exilio con sus padres y se quedó a vivir en la ciudad de Birmingham, donde ejercería el consulado español hasta su muerte en 1878. Con todo este equipaje, y como recordaba en 2008, «a estudiar el pensamiento de Joaquín Lorenzo y, a través de él, de toda una generación de destacados intelectuales que alumbraron la España contemporánea, hemos dedicado buena parte de esfuerzos, que espero se vea materializado dentro de poco con la biografía de este ilustre setabense». Ahora

podemos decir que la meta ha sido rebasada, el objetivo alcanzado, el compromiso cumplido. Como una deuda que se paga a destiempo, parece uno descansar en el remanso de tantas letras, papeles, documentos, libros y notas.

Esta biografía de un hombre clave, aunque no de los más recordados, en una etapa muy compleja de cambio de ciclo histórico, que es bisagra de dos épocas, ajuste de ideas y modelos políticos, sociales y económicos, trata de responder a la compleja adaptación de un eclesiástico a esa transición entre la limitada —o «tutelada», en acertada expresión del profesor Mestre— modernidad ilustrada y los nuevos esquemas revolucionarios que se manejan a partir de ese tiempo. Si era difícil transitar por este período para cualquiera que tuviera intereses, ideas o proyectos materiales y personales, aun lo era más complejo para quien se mantenía en un sistema de creencias y dentro de una institución reacia desde el primer momento a cualquier cambio. Joaquín Lorenzo tuvo que navegar, como un remero en su barca de partida, para sortear con habilidad los rápidos y las corrientes de ese río desbocado que fue la revolución liberal. Fue un liberal, pero no un exaltado. Fue un regalista en todo momento: primero, de la monarquía absoluta (la legítima potestad), más tarde de la nación constituida en asamblea constitucional, por último, un «regalista constitucional» que conciliaba la doble soberanía de la nación y el monarca, tesis cercana a la de Jovellanos de quien se sentía amigo y admirador sincero. Pero no fue nunca un republicano, aunque coqueteara con el republicanismo de los exaltados en España y los americanos del exilio londinense. Su preocupación esencial estaba en las cuestiones eclesiásticas y canónicas, en las que las relaciones con la Santa Sede y la defensa de una Iglesia nacional eran parte esencial.

★ ★ ★

Se trata, pues, de una biografía donde el análisis de ideas y creencias religiosas son parte constitutiva de su propia

vida. Dicho de otra manera, la religión y la patria, la fe y el sentimiento nacional, dieron sentido a su existencia. El exilio fue su consecuencia. Estos elementos justifican el título de este libro: *Religión, patria, exilio*. Tres palabras, tres conceptos que encierran toda una vida. En él se recorre toda la biografía del clérigo, académico y diputado, pero una parte sustancial de ella ha sido publicada recientemente en toda su integridad y aparato crítico por la Facultad de Teología San Vicente Ferrer y el Real Colegio del Corpus Christi, ambas instituciones en la ciudad de Valencia, bajo el título *La Ilustración católica ante la crisis del Antiguo Régimen en España: Joaquín Lorenzo Villanueva y Astengo*. Fue galardonada esta investigación con el Premio «Humanismo e Ilustración 2019», año en que se presentó el proyecto de trabajo que iba a formar parte también de la tesis. Se trata de un extenso volumen de 700 páginas que estudia en profundidad su vida, obra y pensamiento desde su nacimiento en la ciudad de Xàtiva en 1757 hasta su regreso a Madrid en la primavera de 1814, tras la etapa como diputado en Cádiz. Es el largo proceso de formación, *cursus honorum* y construcción de su cosmovisión teológica, religiosa y política. Esta larga singladura, que alcanza los primeros cincuenta y siete años de su vida, se sintetiza —con algunos matices— en los capítulos I y II de esta obra que el lector tiene entre sus manos. A esa etapa sigue una más breve en años, pero densa en acontecimientos vitales, que muestra al Villanueva «político», sin dejar de ser lo que había sido en años precedentes. Esos avatares, que finalizan en un largo exilio con desenlace dramático, ocupan buena parte de esta biografía que sirve de complemento al libro publicado por el Real Colegio del Corpus Christi. Quien se conforme con tener una visión general del Villanueva teólogo, religioso, polemista y literato le sobrára con la síntesis que ofrecemos de esa etapa en estas páginas. En este libro estudiamos con profundidad y detalle al liberal *malgré lui*, al diputado res-

petado, al embajador frustrado, al polemista incansable y al exiliado inquieto. También su final, su aislamiento y olvido.

La revolución liberal definió el devenir de Europa en los dos siglos que siguieron. La transición de la Europa del Antiguo Régimen a la que surge tras este proceso fundamental afectó a otras zonas del mundo, especialmente América, mientras el resto de los continentes quedaban ajenos por razones bien conocidas. La expansión colonizadora en su fase imperialista los fue situando en el tablero de intereses de las grandes potencias. Para entonces, ya en el último tercio del siglo XIX, quedaba lejos el espíritu del Siglo *de las Luces*, que dio paso al Siglo *del Progreso*. En ese fértil terreno del cambio de siglo, del XVIII al XIX, fluyó todo un movimiento de ideas renovadoras amparadas bajo el genérico paraguas de la *Ilustración*, que situaba la modernidad como meta y la razón como arma. El balance de esa pugna es otra cuestión, pues las buenas ideas quedaron en manos de mentes creadoras en claro pugilato con gentes sin alma.

España no fue ajena a ese proceso de transformación, a veces pausada, en ocasiones traumática. Se discute desde hace décadas si la apuesta española por el reformismo ilustrado fue sincera o verdaderamente «reformista» e «ilustrada», dado el peso letal que ejercía la Iglesia católica y sus ministros, así como la maquinaria represiva inquisitorial. Así vemos en esencia un auge de la «antifilosofía» o falsa filosofía de origen galo, que penetra en España de la mano sobre todo del fraile jerónimo Fernando de Cevallos y contamina lo que el profesor Sánchez-Blanco Parody ha denominado —siguiendo las tesis de Teófanos Egido— un catolicismo que abanderó un partido «españolista» y «castizo». Pero aun siendo ese muro contra el que se estrellaban muchas de las reformas un firme soporte del inmovilismo, nadie duda de que hubo una Ilustración española, vinculada a la intelectualidad más avanzada de Europa. Es el caso de Gregorio Mayans, a quien se le conocen relaciones epis-

tolares con una parte notable de los pensadores europeos de la época. El profesor Antonio Mestre ya dejó claro hace tiempo en numerosos estudios cuál es el significado de la aportación del valenciano a ese reformismo ilustrado, más allá de sus posiciones regalistas y jansenistas. Otra cuestión es que esa Ilustración deba calificarse de «católica» por la peculiar forma de entender la modernidad desde estas latitudes o que fue el catolicismo y la Iglesia hispana la que se «ilustró» acogiendo en su seno algunos de los principios que la caracterizaron: crítica histórica, conjunción de la razón con la religión, defensa de iglesias nacionales frente al predominio de la curia romana, revisión de una religiosidad que buceaba en la Iglesia primitiva. Una visión de raíz jansenista o filojansenista, ese espíritu que impregna todo el Siglo de las Luces.

A ese contexto responde la trayectoria biográfica que aquí trazamos. Joaquín Lorenzo Villanueva fue un hijo de su tiempo, lo fue en su forma de entender y vivir el hecho religioso, y también lo fue como apasionado protagonista de los hechos en los que intervino. Esto requiere una reflexión previa que entrelaza el género biográfico, como elemento secundario de la historiografía,³ con el análisis histórico. Ese bucle que une ambas formas o vías de estudio del pasado son desde hace algunas décadas tema de debate y bien vale ver en qué medida afecta al planteamiento de nuestro trabajo en las páginas que siguen.

Desde hace más de tres décadas se debate en la historiografía europea el sentido de la biografía como género propio en pugna con la literatura que se apropió desde hace tiempo de este modo de narrar el pasado a través de una trayectoria personal. Ese debate sigue vivo, como muestran las

3 Este carácter menor o secundario de la biografía ha sido revisado en los últimos decenios para considerarlo como un género en sí mismo, o un enfoque historiográfico global, tal y como han destacado los estudios de Foster, Burdiel, Caballé, Ruiz Torres o Loriga, entre otros.

contribuciones contenidas en el libro coordinado por Isabel Burdiel y Roy Foster, *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas* (2015). A la pregunta que se plantean los autores sobre si la biografía es un género diferenciado o participa de los problemas y de las cuestiones de la historiografía general, la respuesta es compleja, nada unívoca y preñada de matices.⁴ Pero se atreven a lanzar una conclusión, «... que la biografía puede ser considerada una perspectiva de análisis histórico de pleno derecho, con conciencia de sus valores interpretativos y de la importancia de una contextualización profunda y compleja de los personajes estudiados». Lo cual permite una «descripción densa» de una época, de una cultura, de un momento y un espacio concretos.

Como ha señalado la profesora Sabina Loriga, para comprender el todo (lo que nosotros denominamos *elementos contextuales*), tenemos que comprender las partes, pero para comprender estas, tenemos que entender el todo. Con ello no se descubre nada nuevo: una vida no se entiende sin su entorno familiar, social, cultural, espacial y vivencial, también político, económico, ambiental; sin su «clima» sociocultural, entendida esta idea de «cultura» en el sentido de mentalidad, valores, coordenadas, consensos y disensos. La consecuencia de este planteamiento es la importancia de esos «elementos contextuales» en el estudio de la vida de un personaje. La biografía como artefacto literario puede y debe prescindir de aparato crítico, citas de fuentes, explicaciones colaterales, incorporación de elementos del contexto que distraen y desvían del hilo argumental de una vida, lo único que interesa al lector. Pero si todos esos elementos («el todo») se valoran como piezas esenciales del relato biográfico, la biografía deja de ser una simple narración para estar acompañada de elementos contextuales que explican, permiten

4 Estas cuestiones las abordamos con mayor extensión en nuestra tesis *Joaquín Lorenzo Villanueva...*, pp. 7-15.

comprender y enriquecen al personaje biografiado y su tiempo o contexto temporal. Estamos así ante una biografía histórica o, mejor aún, ante una pieza de «historia biográfica». Ello conlleva que esas biografías, armadas de informaciones y explicaciones con cuantioso aparato crítico y citas de fuentes y bibliografía, crecen en tamaño y matices. Es algo que ha observado recientemente Ira B. Nagel en un breve artículo sobre «*Big Lives*», donde se pregunta por qué desde la biografía sobre Roland Barthes, publicada en 2010 con una extensión de tan solo 209 páginas, las biografías se han convertido en obras de gran volumen, que superan con frecuencia las mil páginas y en algunos casos se acercan a las dos mil. Así sucede con las de Andy Warhol (976 pp.), Lincoln (1088 pp.) o Saul Bellow (1579 pp.), mientras la autora se pregunta: «*What's happened? Why have the books gotten longer when the time and desire to read has gotten shorter?*» [¿Qué ha sucedido? ¿Por qué los libros se han hecho más extensos cuando el tiempo y las ganas de leer se han reducido?]. Lo que ha sucedido es que los biógrafos han tendido a sustituir la «*story*» (o «*chronicle*»), como forma de relatar una biografía, por los «*events*» (o «*critical life*»), es decir, por todos los elementos contextuales que acompañan y documentan una vida: cartas, diarios, memorias de coetáneos, anécdotas, imágenes cuando las hay, entrevistas, documentación oficial y privada, prensa, etc. Eso enriquece el relato, que deja de ser «crónica de una vida» para convertirse en un estudio histórico de una época a través de un personaje. La contrapartida es que necesitamos mucho más espacio. Nuestra biografía de Joaquín Lorenzo combina ambos enfoques, pero se acerca más a la historia biográfica por la abundancia y diversidad de fuentes.⁵

5 Para la primera parte de nuestra biografía véase nuestro libro *La Ilustración católica ante la crisis del Antiguo Régimen en España: Joaquín Lorenzo Villanueva*, Valencia, Real Colegio del Corpus Christi / Facultad de

En definitiva, en la línea marcada por otros estudiosos del género biográfico ya citados, sus análisis y reflexiones nunca han ignorado que una vida se explica en sí misma, pero se entiende en su medio social, cultural y circunstancial. Que el sujeto biografiado es parte del relato de un tiempo, cuya explicación ayuda a entender al mismo tiempo ambos elementos en simbiosis. Es el vértigo de la contextualidad infinita, el diálogo entre pasado y presente, la disparidad que nunca se agota. Como señala la profesora Burdiel al referirse a «la tensión constante, constitutiva, de la biografía y de la historia», un individuo —cuya vida reconstruimos— «no puede explicar completamente un grupo, una comunidad o una institución, y viceversa, un grupo, una comunidad o una institución no pueden explicar completamente a un individuo». Pero es una útil herramienta contra el olvido y sirve para desmitificar o rescatar —como han sido las del profesor La Parra sobre Godoy o Fernando VII, o la profesora Burdiel sobre Isabel II— figuras denostadas o muy mal conocidas.

Es también la sutil línea que separa lo privado de lo público, en un siglo —el XIX— en el que la esfera de la vida privada quedaba oculta para el resto de la sociedad y poco o nada traspasaba el umbral de la propia existencia personal y familiar. Este aspecto es más que visible en el caso de Joaquín Lorenzo Villanueva, quien de forma intencionada casi nada dice de su vida íntima en su autobiografía publicada en Londres, ya en el exilio. Menos aún, para un clérigo ayuno de vida social y ensimismado en su labor teológica y política, que agazapado tras sus anteojos filojansenistas ve estas cuestiones como ajenas a su labor pastoral y pública. Hay en aquella generación del primer liberalismo

Teología San Vicente Ferrer (Premio Humanismo e Ilustración 2019), 2021, 699 pp. Contiene todo el aparato crítico del que aquí se prescinde en los dos capítulos que siguen.

una renuncia, a veces más retórica que real, a la vida personal e individual en aras de objetivos o metas colectivas, que ennoblece su figura ante los contemporáneos y ante quienes le vean o admiren desde el futuro.

Pero la biografía también es en gran medida una herramienta útil para recomponer el proceso revolucionario liberal y burgués, en el que las elites se relacionan no solo en el marco familiar, sino en otros más amplios: redes clientelares, relaciones de patronazgo y conexiones europeas, trasatlánticas y globales —lo que ahora suele llamarse «transnacionales»— que, en opinión de Jorge Luengo, «desdibujan los contornos nacionales que han dominado el estudio del siglo XIX en las últimas décadas». Nuestro biografiado aporta bastante de esto, como todo exiliado, por sus especiales relaciones en el Reino Unido de las primeras décadas del siglo XIX.

Aplicado a nuestro caso, ¿qué sentido tiene biografiar a un eclesiástico nacido lejos de la corte a mediados del XVIII si no conocemos a sus protectores, desde Bertrán a Lorenzana, pasando por Arce, Tormo, Blasco, Ceballos o Godoy? ¿Qué le une o aleja del obispo de Blois, Henry Grégoire, o del nuncio de la Santa Sede en Turín, Tosti? ¿Con quién se relaciona y en quiénes busca amparo en Madrid, Londres o Dublín? Precisamente en el caso del capellán real Joaquín Lorenzo Villanueva se cumplen buena parte de esas premisas, incluidas las que conducen a la obtención de cargos y honores (calificador del Santo Oficio, académico, confesor y capellán real, miembro de la Orden de Carlos III, diputado a Cortes, etc.). Solo en la esfera de los negocios que surgen en torno a la revolución liberal estuvo ausente. Tampoco hay familia directa (esposa, hijos) y las obligaciones que esta circunstancia vital acarrea. En todo lo demás, se movió en redes y entornos más o menos favorables a sus intereses personales o a los de sus ideas.

Bien claro queda en sus dos libros de memorias: *Mi viaje a las Cortes* (1813, publicada en 1860) y *Vida literaria de Don Joaquín Lorenzo Villanueva* (1825). Y en otras obras publicadas durante el Trienio que contienen un alto sentido memorialístico, preocupado porque su buen nombre quedara presentable para generaciones futuras que lo juzgaran. Esa tensión entre biografía y contexto hace plausible la intención de combinar el análisis prosopográfico y de redes, con la familia o el círculo más próximo como elemento nuclear. En el caso de Villanueva ese esquema funciona mediante el encaje de su vida en las redes de poder que se articulaban en los círculos cortesanos desde fines del siglo XVIII.

★ ★ ★

El capítulo de agradecimientos en una obra que es resultado de tantos años de reflexiones, lecturas y trabajos pretende rendir tributo a quienes han incidido en animarme, mejorar, sugerir, poner fin a esta larga aventura. Es mi deber mencionarlas, aunque sea de forma breve. En primer lugar, a todos aquellos profesores ya citados que han seguido mi trayectoria en este asunto. Incluyo aquí a los compañeros y compañeras del Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València, con quienes compartí unos años de productivo intercambio de ideas y estímulos para continuar con esta tarea. De todos ellos he tomado nota de su saber, de sus trabajos y de sus aportaciones, sin las cuales me hubiera sido difícil construir la trama sobre la que se dibuja la vida de Villanueva. A M.^a Ángeles González, compañera y viuda temprana de Juan Luis Haro, cuyas notas y papeles que poseía para su tesis sobre Villanueva me fueron entregados generosamente hace ya tres décadas. A quienes compartieron conmigo viajes, visitas a archivos o intercambio de informaciones, con la amistad como bandera. Me refiero a Fernando Goberna, atento a cualquier noticia o documento que pudiera interesarme, compañero de viajes a Madrid, Simancas y otros lugares en

busca de nuestros respectivos biografiados, también amigos en su tiempo, el deán José Ortiz y Sanz y el capellán Villanueva y Astengo. A Vicente León, buen conocedor del personaje y de su tiempo, avezado estudioso del clero ilustrado español y de sus ideas, con quien compartí una escapada a los Archivos y Biblioteca Vaticanos, allá por el año 1996, y muchas conversaciones sobre la época y el personaje. Al profesor Fernando Durán, de la Universidad de Cádiz, que posibilitó la realización en 2008 del libro colectivo sobre Villanueva para la serie que dirigía para el Ayuntamiento de Cádiz, quien ha seguido atento a mis publicaciones sobre el exilio liberal. A David Villanueva, que me dio a conocer la dimensión de la herencia del exilio en el Reino Unido. Al profesor Antonio López Alemany con quien tantos proyectos y algunos viajes he compartido, en busca de las huellas de los Villanueva en Londres y Dublín. Últimamente a Martin Murphy, quien desde Londres me ha permitido contrastar algunos puntos de vista sobre las relaciones entre Blanco White y Villanueva, así como acceder a información archivística muy valiosa sobre este asunto. A quienes leyeron la tesis, los citados profesores La Parra, Dufour, Romeo, Mestre y Ruiz Torres, así como Vicente León, Manuel Chust, Raquel Sánchez García y Fernando Durán, por sus valiosas sugerencias. A tantos amigos y compañeros en tareas docentes —José Cantillo, Manuela Orozco, Jesús González, Telesforo M. Hernández— que, pacientemente, espoleaban mis avances en este largo camino, esperando que alguna vez llegara a la prometeda Ítaca. No dejo de recordar aquí a los funcionarios o encargados de los numerosos archivos y centros documentales consultados, de los que guardo buen recuerdo porque, en general, atendieron mis peticiones y resolvieron mis dudas con eficacia probada.

No menor es el agradecimiento a Prensas de la Universidad de Zaragoza, a cuyo frente se encuentra un gran

conocedor del período y del personaje —el profesor Pedro Rújula—, por haber acogido esta obra en su colección Vidas. Y se me viene a la memoria la generosa ayuda del amigo y notable hispanista, el profesor Gérard Dufour, que me acercó a esta posibilidad, además de juzgar mi tesis y escribir un brillante prólogo para este libro.

A todas las personas que han formado parte de mi vida y, en especial, a mi familia, a mis hijos —Laura, Ana y Germán— por soportarme tantos años con este asunto que acabó siendo un *ritornelo* inacabable.

Valencia, abril de 2022

JOAQUÍN LORENZO VILLANUEVA

Esta obra analiza la trayectoria vital de Joaquín Lorenzo Villanueva y Astengo (1757-1837), especialmente a partir de su crisis de conciencia en 1810-1814 y persecución posterior. Un eclesiástico ubicado en el tránsito del Antiguo Régimen a la revolución liberal. Su religiosidad, de base jansenista, pronto fue alimentada por el regalismo, el episcopalismo, la defensa de una Iglesia nacional y el constitucionalismo. Su figura es el ejemplo vivo de la compleja convivencia de dos mundos, el de la Ilustración católica y el del pensamiento liberal racionalista, que él trató de hacer compatibles. Esa fue su meta, su obsesión y su desgracia, que se fraguó en un largo exilio hasta su muerte.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza



GERMÁN RAMÍREZ ALEDÓN Catedrático de instituto y profesor asociado del Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València, actualmente jubilado. Autor de más de un centenar de estudios sobre historia del primer liberalismo español, los vínculos entre exilios (liberal y republicano) o la vida y obra de los hermanos Villanueva (Joaquín Lorenzo, Lorenzo Tadeo). Ha publicado, entre otros asuntos, varios estudios sobre el librero, político, editor y lexicógrafo Vicente Salvá. Su última publicación ha sido *La Ilustración católica ante la crisis del Antiguo Régimen en España: Joaquín Lorenzo Villanueva y Astengo* (Valencia, 2021).
